



ALFAGUARA JUVENIL

ALFAGUARA



© 2014, GRISELDA GAMBARO

© De esta edición

2014, Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-3610-6

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

Primera edición: febrero de 2014

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:

MARÍA FERNANDA MAQUEIRA

Edición:

VIOLETA NOETINGER

Diseño de la colección:

MANUEL ESTRADA

Gambaro, Griselda

Giménez y el Drácula fingido / Griselda Gambaro ; ilustrado
por Javier Joaquín. - 1a ed. - Buenos Aires : Santillana, 2014.

184 p. : il. ; 12x20 cm.

ISBN 978-950-46-3610-6

1. Literatura Juvenil Argentina. I. Javier Joaquín, ilus.

CDD A863.928 3

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de
información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

 **SANTILLANA**

Giménez y el Drácula fingido

Griselda Gambaro

Ilustraciones de Javier Joaquín

ALFAGUARA

The logo for Alfaguara, featuring a stylized, symmetrical knot or interlocking pattern below the publisher's name.

Cuando el ex ayudante de policía Facundo Giménez se despertó esa mañana de invierno, nada le anunciaba que ese día sería distinto de otros. De haberlo sabido habría tenido un disgusto, amaba los días parejos que no traían novedades, es decir, amaba el aburrimiento que le permitía fijarse en lo que de otro modo ni siquiera habría contemplado: una hormiga, una hoja que se caía, la araña que tejía su tela en un ángulo del techo y donde en verano morían a montones las moscas y los mosquitos.

Giménez bostezó y como aún tenía unos minutos remoloneó un rato en la cama. Enlazó sus pies con los de su mujer, Paulina, la pellizcó cariñosamente en varias partes del cuerpo y le tironeó del lóbulo de la única oreja visible porque ella dormía de costado.

Era inútil, lo sabía, con ella no se podía ser romántico. ¡Cómo dormía!

Paulina renegaba a la noche porque no conciliaba el sueño con la facilidad de Giménez. Él lanzaba ronquidos cuando ella, aún despierta, cansada de contar ovejas (que para colmo se empacaban), ponía los pies en el suelo y se iba a la cocina, bebía un té, corría al patio a retar a Blanquita y Topo, sus perros, que aun siendo viejos ladraban con ímpetu juvenil. Cortos de vista, ellos confundían la sombra más inocente con un enemigo feroz, y por lo tanto procedían en consecuencia: fogosamente a ladridos.

Paulina los culpaba, quejándose del insomnio. ¡Qué maldición!, decía, sin apreciar las ventajas de que una vez conciliado el sueño ella ya no existía para nadie, no la despertaría el barullo de los perros que después del reto seguían ladrando en el patio, ni los mimos de Giménez. Dormía con un sueño pesado (que Giménez envidiaba), del que no salía ni con las sirenas de los bomberos.

Sin embargo, a las ocho de la mañana en punto, Paulina se despertaba naturalmente, en posesión de todas sus facultades y con ganas de charlar, pero ya no se encontraría con Giménez. A esa hora él debía estar en su puesto en el Registro Civil, donde trabajaba después de dejar su cargo en la policía.

Él se bañó, se afeitó, y veinte minutos antes de las siete, se inclinó hacia Paulina y le dijo con voz tierna:

—Me voy, Paulina, amorcito.

Aún profundamente dormida, desde algún lugar insondable ella murmuró “¡Hum!” y metió la cabeza bajo la almohada.

Decepcionado, Giménez se marchó, abrió la puerta de entrada y desafió el frío del invierno.

Cuando llegó al Registro Civil con un poco de retardo (en el camino se había tomado un café con una medialuna de grasa), encontró como de costumbre a esa hora la puerta del edificio abierta de par en par. Había un sereno de noche que se encargaba de la tarea con puntualidad escrupulosa. Venía especialmente de su casa con un manojo de llaves (no pernoctaba en el Registro Civil porque de noche necesitaba dormir y solo podía hacerlo en su cama), y abría a las siete clavadas, tronara o brillara el sol. De cerrar después, a las quince, se encargaba el jefe de la repartición que tenía otro juego de llaves.

En realidad, Giménez no sabía por qué el sereno cumplía con tanta puntualidad, el Registro Civil podría haber abierto a las nueve, a las nueve y media o diez sin ningún inconveniente. Los

lugareños eran más bien dormilones y el Registro Civil se llenaba recién hacia el mediodía con la gente que solicitaba fechas de casamiento, partidas de nacimiento y certificaciones varias.

El primer trabajo de Giménez esa mañana fue, como todas las mañanas, sacar a la calle un cartel de chapa, montado sobre bastidores, que de noche se guardaba en el pasillo. Pintado con grandes letras de imprenta por una mano insegura, el cartel señalaba:

R. CIVIL

P. DORMIDO

Entre las abreviaturas y el dibujo de las letras el cartel no lucía mucho.

No siempre había sido así.

En una época, el Registro Civil como toda institución importante, había tenido su placa de bronce atornillada sobre una base de madera en la pared del frente del edificio.

Inaugurada en acto público y en presencia del Intendente un 21 de septiembre, día de la primavera, la placa desapareció, robada, una semana después.

Por suerte, el presunto culpable fue detenido en seguida gracias a que se le encontró al hombro una bolsa de arpillera del tamaño de la

placa (35 x 50) y unas herramientas (formón y destornillador) cuyo uso no pudo justificar porque estaba desempleado.

Sin embargo negó las imputaciones.

Cuando se allanó su casa (de muy mala construcción) solo hallaron cosas viejas y muchas botellas de vino (vacías) porque era un borracho perdido.

Como la placa no apareció, la gente comenzó a atar cabos formulando deducciones difíciles de aceptar.

Algunos, con voz cautelosa, señalaron que la placa en cuestión era la misma que, sin acto público, sin presencia de autoridades, había aparecido sospechosamente en el frente de la comisaría junto a la puerta de entrada.

Aportaban pruebas con la misma voz cautelosa: solo habían pasado tres días entre la desaparición de una y la aparición de otra con idénticas medidas y unas inscripciones borradas y luego sustituidas. Había una R (¿la de Registro Civil?), tan profundamente grabada que no se había podido borrar y así se leía Romisaría en lugar de Comisaría. Consecuentemente, esta letra produjo confusiones entre los más distraídos: muchos que iban a hacer una denuncia terminaron en la remisería y otros

que querían hacer un viaje en auto se vieron obligados a efectuar una denuncia.

El robo no llegó a juicio. El imputado siguió sin confesar su delito y no hubo manera de convencerlo de que aceptara los cargos. Como no se le suspendió la prisión preventiva, dejó de beber tanto vino (solo una botella de vez en cuando) y con el tiempo se hizo amigo del comisario y pasó a mantenimiento. Barría, sacaba la tierra de los muebles y, provisto de una franela y un líquido limpiador, frotando y frotando se encargaba de la placa. Conseguía un brillo increíble.

Cuando ya estaba enceguecido por el brillo y por las ganas de beberse el líquido limpiador, entraba en la comisaría y llamaba al comisario.

—Venga, venga a ver, señor comisario —decía.

El comisario dejaba lo que tenía entre manos, por lo general comunicaciones que de manera incesante escribía para la tropa (dos agentes y un sargento), salía a la calle, retrocedía unos pasos frente a la placa y caía en éxtasis total. Exclamaba admirativamente a los gritos:

—¡Vengan a ver! ¡Un sol! ¡Un sol!

La tropa se abalanzaba.



El orgullo le mejoró grandemente el carácter (al comisario) y todos los lugareños acabaron por reconocer que la placa (de ser la robada) estaba mejor en la comisaría que en el Registro Civil si producía esos efectos. Además, en la semana al frente del Registro Civil nunca había brillado tanto.

Solo Giménez no compartía la generalizada opinión.

Mientras sacaba el cartel a la calle lo miraba con amargura, lamentando que en la época del robo él hubiera estado ausente en la Capital, contratado por una empresa para una investigación privada. Si él no hubiera estado ausente, habría recuperado la placa e individualizado al ladrón, que seguramente no era ese que ahora trabajaba en mantenimiento y que en la época del robo había pasado por la calle con una bolsa de arpillera de uso injustificado.

Después de unos minutos, a Giménez se le evaporaba la frustración. Miraba al cartel con ojos más comprensivos. Percibía que no obstante las abreviaturas y letras mal dibujadas el cartel cumplía sus fines. Por otra parte, nadie se molestaba en leerlo. A excepción de los distraídos, todos los habitantes de Pico Dormido sabían desde el

nacimiento dónde quedaba el Registro Civil y no necesitaban mayores indicaciones. Si se ponía un bebé en el suelo en la puerta de su casa y la mamá le decía: “Vamos al Registro Civil”, el bebé, con una seguridad pasmosa, enfilaba gateando directamente hacia la institución mencionada.

Cuando cumplió tan importante tarea (sacar el cartel a la calle), Giménez pasó a la zona de oficinas situada detrás de unos mostradores con rejas desde donde se atendía al público.

El Registro Civil desarrollaba una actividad intensa proporcionada al número de habitantes. Como en Pico Dormido nunca se había realizado un censo se ignoraba el número exacto: los más orgullosos decían quinientos mil y los resentidos que no se encontraban a gusto entre las casas bajas y la falta de diversiones, consideraban que entre todos no pasaban de cincuenta. Ni tanto ni tan poco, como podía observarse cuando se reunían en las festividades patrias o para protestar porque caían dos gotas de lluvia, se cortaba la luz y todo el pueblo se inundaba.

Sin embargo, una cosa era segura: en el Registro Civil había trabajo de sobra. Se asentaban cambios de domicilio, la gente solicitaba documentos de identidad (nuevos, perdidos o

renovados), las parejas se casaban, nacían niños, morían ancianos, otros ancianos vivían y ni ellos se salvaban, incluso en sillas de ruedas, de tramitar cada tanto alguna documentación.

Pero a la hora en la que llegó Giménez, las siete y media pasadas, no había público presente y todo estaba tranquilo. Él trabajaría en su computadora (la única en la oficina), y luego, después de poner al día sus datos, como su función no era atender a la gente, podría aburrirse a su gusto hasta la hora de salida.

El día anterior el aburrimiento le había proporcionado sorpresas afortunadas: descubrió entre unos papeles destinados al archivo una flor seca, una margarita de pétalos amarillentos que contempló largo rato. Se rascó una roncha que le había hecho un mosquito hambriento (superviviente de los que había matado el invierno). Entrecerró los ojos y contempló el mar, la costa llena de pinos en lugar de chalés e incluso de rascacielos. Con un pequeño esfuerzo se metió el paisaje en el cuerpo, oliendo el agua salobre, el perfume de los pinos.

En el baño, que frecuentaba bastante, probó a peinarse frente al espejo con una raya al costado, luego con una raya al medio. Después dejó el

pelo como estaba. Sorprendió más tarde (que no lo supiera Paulina) los ojos de una adolescente mirándolo con una expresión que pretendía seducirlo. Cuando la chica se fue y ya estaba aburrido al máximo, olió un perfume dulzón y no paró hasta descubrir que provenía de una mujer que protestaba entre el público. Se entretuvo como nunca.

Así que ese día Giménez tenía la misma esperanza: trabajar hasta las doce, a lo sumo hasta la una, y a partir de esa hora aburrirse ocioso para gozar de un poco de distracción. Ese estado particular le permitía actitudes que alteraban su rutina y lo llevaban a observar lo que de otro modo, como el común de los mortales, hubiera desestimado. Su imaginación (el mar, el bosque) no habría levantado vuelo.

Con estas expectativas, Giménez se dispuso a iniciar sus tareas laborales. No contó con que las circunstancias desafortunadamente habían decidido otra cosa y de haberlo sabido tal vez hubiera dado parte de enfermo y se habría quedado en su casa.

Mientras atravesaba la oficina en dirección a su mesa de trabajo, Giménez echó una mirada a su alrededor y advirtió un clima inusual.